

El viaje interior

Reparó en sus compañeros de vagón cuando el tren entró en el túnel. Al iniciar el viaje era el único viajero en el compartimento, así que el resto de pasajeros debieron ir subiendo después.

Los fue observando discretamente. Frente a él iba un joven leyendo un libro, se fijó en el título: “Veinte mil leguas de viaje submarino”, una historia que siempre le fascinó. Durante años fue su libro de cabecera. Sintió simpatía por el joven, le hubiera gustado ver su rostro, pero el libro se lo tapaba. Junto al muchacho, un hombre fornido de mediana edad iba durmiendo, una gorra le cubría los ojos y la nariz y sólo se le veía un bigote enorme que le ocultaba los labios. Por un instante le recordó a su padre. De reojo miró al hombre situado a su derecha, tampoco pudo verlo bien, el periódico también le escondía parte de la cara. Sí pudo advertir en él un cierto desaliño: los zapatos sucios, las mangas rozadas de la chaqueta...

Notó que la puerta del vagón se abría y se giró, al ver quién entraba el corazón le dio un vuelco. Era Consuelo, su ex mujer, con treinta años menos y tan guapa como entonces. ¿Cómo era posible? Instintivamente volvió a giró la cabeza y se cubrió la cara con disimulo. Al seguir en el túnel las ventanillas actuaban como espejos y en el reflejo de los cristales pudo ver cómo la mujer se sentó al lado del hombre que había dejado el periódico para reprocharle:

—¿Cómo has tardado tanto? Creí que te había tragado la taza del váter.

—Qué grosero eres. He tenido que esperar un rato, y, además, qué pasa ¿tanto me has echado de menos?

Sí, era la voz de Consuelo, ese tonillo chillón que usaba al enfadarse. Estupefacto, comprobó que el hombre era él mismo treinta años atrás. Seguía la conversación a través del reflejo, no se atrevía a mirar directamente.

—No te burles y trátame con más respeto, cada vez me tienes más harto.

—Tú sí que me tienes harta. Controlándome hasta cuando voy al baño.

Ajenos a las voces, el joven seguía con el libro y el hombre de la gorra durmiendo. Dejó a un lado la prudencia y miró con descaro a la pareja, pero está no advirtió su presencia, actuaban como si estuvieran solos. ¿Qué estaba pasando allí?

—Tú ya sabes por qué te tengo que controlar...

—Pues mira, no, no lo sé.

—Serás cínica, demasiado bien lo sabes...

Recordaba la discusión, fue en un restaurante, en los preludios de su separación. Y fue ella quien lo propuso, él al principio no estuvo de acuerdo, la quería a pesar de sus discusiones y de sus cosas. Estaba convencido de que siempre estarían

juntos. Jamás se fijó en otra mujer. Ella era tan guapa, cómo no iba a tener celos... Al final llegó el divorcio. Qué gris se tornó todo, qué frío, cuánto la extrañaba..., pero cómo no había sabido demostrarle ese amor tan grande.

Se fijó detenidamente en su yo que discutía con Consuelo, tan descuidado, tan poca cosa al lado de ella que estaba radiante...

Angustiado se dejó caer en el asiento, respiró profundamente y cerró los ojos. Tal vez con el traqueteo del tren se quedara dormido, tal vez todo aquello solo fuera una pesadilla, y quizás al abrir los ojos todo volvería a su sitio. Pero no, los compañeros de viaje continuaban allí, sentados en sus asientos, en silencio.

Poco después el hombre de la gorra despertó y tras ponérsela bien miró al joven, al ver que aún leía le dio un pequeño cachete.

—Todavía estás con ese libro, ya te lo tienes que saber de memoria.

—Jolín, y qué, déjame en paz.

—Yo a tu edad ya me ganaba la vida...

Ya no le extrañó: eran su padre y él cuando tenía catorce años. También reconoció la conversación. Era uno de tantos reproches, nunca pudo contentar a su padre hiciera lo que hiciera. Ahogó todos sus sueños riéndose de ellos sin saber por qué. Había ido cargando con esa frustración a lo largo de los años, de nada parecía haber servido poner distancia, o negarse a acudir al entierro por más que su madre le rogara.

El tren empezó a salir del túnel, se vislumbraba ya claridad al final de una curva. Poco a poco los compañeros de viaje fueron desapareciendo, sus formas iban diluyéndose de abajo arriba, pero antes de esfumarse del todo cada una fue posando su mirada en él. Unas miradas le que provocaron escalofríos. La luz lo cegó por un momento y cuando pudo abrir los ojos otra vez, se vio rodeado de médicos.

—Bien, lo hemos recuperado. Rápido, al quirófano tres.

Fue lo último que escuchó.

Carlos Cerdán